

agentes de los españoles en todas sus empresas en el nuevo mundo: la sed de oro y el entusiasmo religioso (1).

En la época que se ejecutaban estos trabajos, la fama de Cortés se extendía rápidamente por el interior del país. Multitud de nuevos gefes que deseaban abrazar su alianza, venían todos los días á hacer su sumision. Mas de treinta poblaciones dependientes de Zempoala, le ofrecieron hombres de guerra para la conquista de México; y Cortés organizaba esta confederacion de príncipes americanos, arreglaba sus diferencias, se interponia entre ellos y sus vecinos, impedía sus guerras sobre límites de territorio, y conservaba sus fuerzas para sí solo. El tímido y supersticioso Moctezuma, al regreso de sus recaudadores de tributos, veía un libertador en el astuto gefe expedicionario, le contemplaba como un ser sobrehumano y le enviaba nuevos presentes, dándole espresivas gracias por el importante servicio que acababa de hacer á la corona. Dos sobrinos suyos á la cabeza de una diputacion de la nobleza, fueron en persona al campamento castellano á llenar esta mision; y Cortés, despues de haber tratado á los embajadores con cordial franqueza, mandó decir á Moctezuma que pronto tendria el placer de pagarle personalmente las visitas de sus dignos enviados. Entretanto los aliados totonecas admiraban la misteriosa influencia que ejercian los invasores sobre el soberbio emperador azteca; pero el cacique de Zempoala, quien se asustó sobremanera de la buena armonía entre su reciente amigo y el opresor de su patria, deseando estrechar mas y mas los lazos que le unian á los españoles, resolvió ofrecer á Cortés una sobrina suya en casamiento, como tambien siete mancebas de la nobleza con ricos dotes para sus oficiales. Hallándose el general en la ciudad de Zempoala al siguiente dia, recibió este homenaje con muestras de bastante satisfaccion; pero considerando que no era permitido á los cristianos tener comercio con idólatras, se negó á aceptarlo hasta no ver entrar en la iglesia á las indias por las puertas del bautismo; declarándole al mismo tiempo que siendo el principal objeto de su mision arrancar á los indios de su abominable paganismo, era preciso que mandase destruir los ídolos de las falsas deidades. El cacique, que no esperaba semejante demanda, respondió: *ni nosotros, ni nuestro pueblo podemos renunciar á los dioses de nuestros ascendientes*. Esta fidelidad religiosa pareció á los castellanos una obra del demonio; y

(1) Casi todos los historiadores reconocen solamente dos poblaciones de este nombre: la antigua y la nueva. Sin embargo, es preciso convenir en la existencia de tres: la primera, la de que aquí se trata, fundada en 1519 cerca del puerto de Chiahuitzila, que mas tarde no conservó otro nombre que el de Villa-Rica; la segunda, la antigua Veracruz, edificada en 1523 ó en 1524; y la tercera, la nueva Veracruz, conocida hoy con el mismo nombre, que se edificó á fines del siglo diez y seis, ó en los primeros años del diez y siete. El rey Don Felipe III le concedió el título de ciudad en 1615.

por eso Cortés y sus soldados exclamaron á un tiempo: *destruir los ídolos de los falsos dioses, nuestro Dios, el verdadero Dios así lo quiere*. Los indios protestaron entonces que jamás cometerian semejante sacrilegio, y ya se ponian en movimiento para defender á sus divinidades, cuando Marina declaró en nombre de Cortés, que á la primera flecha que se arrojase serian todos condenados á muerte. La multitud quedó inmóvil á la voz de esta muger, á la reverenciada de algunos sacerdotes rehenes de los españoles, y á la del mismo cacique de Zempoala. En seguida cincuenta soldados castellanos subieron á paso redoblado los escalones del templo, cantando en coro el *Gloria in excelsis Deo*; y luego arrancaron los enormes ídolos de su asiento y los arrojaron al átrio del edificio. Mientras los indios se deshacian en quejas y lamentos á la vista de tal espectáculo, los españoles prorumpian en aclamaciones de júbilo y satisfaccion. El fuego consumió los ídolos mutilados en presencia de este inmenso concurso de espectadores. En seguida Cortés mandó vestir de blanco á los sacerdotes idólatras, les hizo cortar sus largas cabelleras, y dispuso que se hallasen presentes á la metamorfosis de su templo en capilla católica. Limpios el techo y las paredes del *teocalli* totoneca, que se hallaba teñido de sangre de víctimas humanas, se procedió á purificarlo conforme al rito de la Iglesia católica, y luego se erigió un altar adornado con guiraldas de aromáticas flores, donde fueron colocadas las imágenes de Jesus Crucificado y de la Virgen María. El padre Olmedo celebró la misa y el bautismo de las ocho vírgenes indias, cuya imponente ceremonia arrancó tiernas lágrimas de españoles y totonecas; porque desde el momento que vieron estos últimos, que sus deidades no habian impedido la profanacion del templo, se inclinaron á adorar el Dios de sus misteriosos y formidables aliados. Un soldado viejo llamado Juan Torres, á quien se vistió con un traje de ermitaño, consintió en quedarse al cuidado del templo para mantener el altar con limpieza, encender los cirios y predicar á los indios sobre religion. Era el único misionero que Cortés podia abandonar sin perjuicio de su fuerza.

Ya hacia tres meses que este guerrero estaba en la Nueva-España, y si aun no habia principiado sus operaciones militares, contaba con algunos preparativos para emprenderlas con buen éxito; porque tenia en su favor la adhesion del ejército y la voluntaria alianza de los totonecas. Pero antes de ponerse en marcha para la capital del imperio mexicano, quiso prevenirse contra la intriga de las córtes españolas, contra la mala voluntad de Velazquez y contra los celos de algunos de sus oficiales. En efecto, los magistrados de la colonia, convencidos de la necesidad de conservar á Cortés en el supremo mando del ejército, pidieron al rey la ratificacion de las medidas tomadas y nombramientos hechos. El mismo general redactó el boletin de las operaciones desde su salida de

Cuba, curioso monumento de habilidad en la reunion de los hechos y del talento para adornarlos; y deseando acompañar este escrito de cuánto podía dar una idea de las riquezas del país, instó á sus soldados para que abandonasen lo que tenían derecho de reclamar por la parte de tesoros hasta entonces reunidos, á fin de poderlos enviar íntegros, y era tal su ascendiente sobre esta caterva de aventureros indigentes y ambiciosos, que todos hicieron sin pena tan generoso sacrificio. Este fué el regalo de mayor valía que jamás el nuevo mundo haya hecho á la corona de España. Porto-Carrero y Montejo, principales magistrados de la Villa-Rica, elegidos para ponerlo á los piés del trono, se hicieron á la vela con absoluta prohibicion de tocar en Cuba. Además de las cartas de Cortés y del cabildo de la colonia, llevaron otra de algunos capitanes y soldados de la nueva colonia.

La isla de Cuba era temible para Hernán Cortés; porque en ella su enemigo Velazquez, dueño absoluto, acababa de obtener el título de Adelantado, y la autorizacion de apoderarse de las tierras nuevamente descubiertas. Un buque salido de la Habana, que conducia un refuerzo de dos oficiales, dos caballos y diez soldados, habia arribado á Veracruz y llevado esta noticia, lo que decidió á Cortés á penetrar desde luego en el interior del país, como tambien á ejecutar antes de su salida un proyecto que ha mucho tiempo meditaba. Habia vencido muchas veces la sedicion, pero aunque comprimida, no estaba apagada enteramente en el ánimo de sus soldados; pues sabia que varios de ellos, cansados del penoso servicio que la suerte les habia deparado, suspiraban por volverse á su país, siendo probable que desertasen al primer revés ó peligro. Ultimamente, habiéndose apoderado unos cuantos malcontentos de un bergantín para volverse á Cuba, se hubiera visto espuesto á disminuir sus filas por medio de esta desercion, á no haberlos descubierto y castigado con bastante severidad; pero tamaña tentativa podia renovarse mientras la mar estuviese libre. En consecuencia, era preciso destruir la flota para encerrar el ejército en el continente, y tomada por Cortés tan atrevida como arriesgada resolucion, la llevó á cabo con bastante destreza y habilidad. Ayudado de sus pilotos que ganó anticipadamente, tuvo arte para persuadir á sus soldados que las embarcaciones estaban incapaces de sostenerse por mas tiempo en el mar. Exageró la ventaja que iba á sacarse de un centenar de marineros entonces disponibles, y la feliz y poderosa influencia de esta nueva alternativa: „conquistar ó morir.” Las palabras de Cortés se dirigian á españoles del siglo diez y seis. Por un consentimiento unánime los buques se sacaron á tierra é hicieron pedazos, y por un efecto de valor de que no hay ejemplo en las historias, algunos centenares de hombres consintieron gustosos en quedar encerrados dentro de un país enemigo, entre naciones poderosas y desconocidas, privándose de otro medio de salvacion en

el peligro por medio de la fuga, y sin reservarse otros recursos que una inalterable constancia y un valor á toda prueba.

*Los españoles marchan sobre Tlascalá: límites del imperio mexicano: embajada á Tlascalá: sangrientas batallas: victoria de Cortés: ataque nocturno: negociaciones y paz con la república: embajada de Moctezuma: entrada de los españoles en Tlascalá: embajada azteca (1519).* Este ejército de bravos partió de Zempoala el 16 de Agosto para la conquista del gran imperio de la América del Norte. Se componia de cuatrocientos quince hombres de infantería, diez y seis caballos, y siete piezas de artillería de campaña: los enfermos, inválidos y viejos, quedaron en Villa-Rica de Veracruz para defensa de su naciente colonia, bajo las órdenes de Escalante, oficial viejo, pero valiente y adicto á Cortés. Mil *tamanes* ó cargadores que facilitó el cacique de Zempoala, arrastraban la artillería y llevaban los equipages, y otros mil trescientos súbditos del mismo cacique, acompañaban el ejército en clase de auxiliares, número á que Cortés se habia limitado. Tambien se acompañó de cuarenta personajes del país, no solo para tenerlos como rehén, sino para que le sirviesen de guías y consejeros entre los nuevos pueblos que iba á conquistar. Pero antes de seguirle en esta memorable expedicion, y para comprender con mejor acierto sus detalles, echemos una ojeada sobre la division política del Anáhuac, y sobre la estension del imperio de Moctezuma en este año.

El Anáhuac, esta grande region de la América del Norte, cuya denominacion no debe confundirse con la de Nueva-España, no habia tenido siempre los mismos límites. Reducida en su origen al solo valle de Tenochtitlan ó de México, se extendia en la época que nos ocupa, á todo el país comprendido entre los catorce y veintin grados de latitud. Además del imperio azteca de Moctezuma, contenia el Anáhuac las pequeñas repúblicas de Tlascalá y de Cholula, el reino de Tezcoco, el de Michoacan, &c.

Solis incurre en un craso error al extender el reino mexicano desde Panamá hasta la Nueva-California; pues las investigaciones del sábio Clavigero nos han informado, que el *sultán de Tenochtitlan* tenia bajo su dominio un estado mucho menos vasto, limitado en las costas orientales por los rios Goazacoalco y Tuspan ó Tuzapan, y en las occidentales, por las llanuras de Soconusco y el puerto de Zacatula. Sus fronteras al Norte alcanzaban hasta el país de las Huastecas (el actual Querétaro), y tocaban á las tierras de los bárbaros *otomies*. Echando una ojeada sobre el mapa general de la Nueva-España, formado por el baron de Humboldt, se vé que segun estos límites, el imperio de Moctezuma abrazaba únicamente las antiguas intendencias de Veracruz, Oaxaca, Puebla y algunos puntos marítimos de la provincia de Valladolid. Su superficie puede calcularse en diez y ocho ó veinte mil leguas cuadradas. De él

racion de guerra. Llevaban un presente que consistia en un casco de género carmesí, una espada y una ballesta, cuyas armas habian exitado generalmente la admiracion entre los naturales. Estos enviados siguieron enidadosamente el camino real para conservar el privilegio anexo á su carácter; porque si hubieran cometido la imprudencia de dirigirse por senderos, habrían perdido el derecho de exigir el respeto del pueblo y la proteccion de los magistrados.

A su llegada á la capital fueron acogidos como hermanos. Se les alojó en la casa destinada solamente á los embajadores, segun costumbre de todos los estados de Anáhuac, y en seguida se les introdujo en el gran consejo, ante los senadores que se hallaban reunidos, formando parte todos los nobles y los cuatro gefes principales del país. He aquí el discurso que los antiguos gefes principales, ya españoles, ponen en boca de los enviados: *Muy grandes y valientes señores, los dioses os colmen de prosperidad, y os den la victoria sobre vuestros enemigos. El señor de Zempoala, y toda la nacion totoneca os ofrecen sus respetos, y os anuncian que de la parte del Oriente han llegado á nuestro país en grandes buques, cierto número de guerreros, por cuyo influjo estamos ya libres de la tiránica dominacion de Moctezuma, rey de Tenochtitlan. Ellos, defensores nuestros, se dicen y reconocen vasallos de un grande y poderoso monarca, en nombre del cual vienen á visitaros trayendoos el conocimiento de un Dios poderoso, y el apoyo contra vuestro antiguo é inveterado enemigo. Nuestra nacion, siguiendo los preceptos y movimientos de la íntima amistad que recibais como amigos á esos extranjeros, os aconseja que siempre ha existido entre ella y vuestra república, os aconseja que recibais como amigos á esos extranjeros, que aunque en corto número, tienen el mismo poder que un gran pueblo. Maxixcatzin, presidente del senado, agradeció á los embajadores su buena voluntad, y les rogó que se retirasen para deliberar acerca de su mensaje. Este hombre era muy apreciado entre sus compatriotas: su prudencia, adhesion y amor al país, eran cualidades que todos le reconocian, y el fué el primero que usando de la palabra, dijo: *No despreciemos los consejos y la opinion que nos comunican los totonecas, enemigos de la república. Esos extranjeros tales como nos los representan, son sin duda los hombres extraordinarios que deben, segun la tradicion, visitar un día nuestras regiones. Los temblores de tierra, las lenguas de fuego esparcidas en los cielos, y otros muchos prodigios llegados en estos últimos años, indican bastante que se acerca el cumplimiento de la referida tradicion. Si estos seres son inmortales, en vano la república les impedirá el paso: nuestra negativa puede traernos fatales consecuencias. ¿Y qué placer no tendria el maléfico mexicano, si despues de haber negado su admision en nuestro territorio, penetrasen en él á viva fuerza?* Esta fué la opinion del mas sábio de los tlascaltecas; pero no así la del viejo Jicotencatl, gefe de gran autoridad por su lrgaa*

experiencia en los negocios civiles y militares. *Nuestras leyes, dijo, autorizan la admision de los extranjeros; pero no la de los enemigos que pudiesen reportar perjuicio al estado. Los hombres para quienes se reclama este favor, nos parecen mas bien monstruos llevados por las olas del mar, no pudiendo ya sufrirlos en su seno, que dioses descendidos del cielo como neciamente se imaginan algunos. ¿Es posible que los dioses sean tan ambiciosos de oro y placeres? ¿Y qué tienen que hacer en un país tan pobre como el nuestro, que hasta de sal carece para el condimento de nuestros manjares? Deshonroso es para el hombre de nuestra república, el suponer que pueda ser presa de un puñado de aventureros. Si son mortales, ya lo publicarán las armas de los tlascaltecas por todo el Anáhuac. Si son inmortales, tiempo habrá para apaciguar su cólera con regalos, é implorando su perdon por medio de su arrepentimiento. Rechacemos su pretension, y si pretenden entrar á viva fuerza en nuestro país, sea reprimida con las armas su temeridad.* Estos opuestos pareceres de dos personajes igualmente respetables, dividieron los ánimos de los demás senadores. Vacilaban en medio de una cruel incertidumbre, cuando uno de ellos, hombre político y astuto, colocándose en un justo término, propuso el medio de responder urbana y amigablemente al gefe de los extranjeros, concediéndole el permiso para entrar en el territorio de la república; pero que al mismo tiempo se encargase al hijo de Jicotencatl que fuese con una partida de otomíes á oponerse á su paso. *Si el jóven guerrero vence, añadió, las armas de la república obtendrán nuevo esplendor; y si es batido, acusaremos á los otomíes de haber emprendido una guerra sin nuestra orden.* Este expediente, de la diplomacia del viejo continente, fué acogido como medio de salir del apuro sin compromiso.

Entretanto Cortés habia llegado á la vista de aquellos formidables retrincheramientos elevados en las fronteras de la república. Su ejército se componia entonces, no solamente de sus aliados los totonecas, sino de la numerosa guarnicion mexicana de Jocotla, en donde habia engruesado sus filas: tan hábil era para seducir aun las mismas tropas de Moctezuma, y tal era su inteligencia para convertir en su favor las contingencias vulgares, lo que rebajaba mucho el color caballeresco y las tintas de lo maravilloso, con que los cronistas españoles embellecen los acontecimientos de la conquista.

Esta especie de Termópilas, ordinariamente guardadas por los otomíes, se hallaban abandonadas á la sazón por una inconcebible negligencia. Habiéndolas flanqueado los españoles sin inconveniente alguno, entraron fácilmente en el territorio de la república, en donde consiguieron rechazar sin pena la reducida tropa de Jicotencatl. En seguida se presentaron algunos enviados tlascaltecas á hacer el papel de la comedia diplomática convenida. Cortés

fingió estar persuadido de la ingenuidad de sus perdones, pero redobló sus acostumbradas precauciones, aunque no podían ser muchas en la difícil marcha que se veía obligado á continuar incesantemente. Caminaba entre montes circuidos de rocas cortadas por torrentes y precipicios, durante cuyo tiempo vió venir hácia él llorando á los dos últimos enviados totonecas, los cuales le manifestaron que se había querido jugar con ellos una traicion; pues suponían que los habían aprisionado dentro de una jaula de madera, y que ya se preparaban para sacrificarlos á los dioses, cuando pudieron conseguir salvarse por la fuga (1). Apenas habían oido esta lastimosa relacion, cuando los españoles vieron delante de sí un batallon enemigo, el cual arrojando flechas y dardos se retiraba á medida que aquellos avanzaban, sin detenerse hasta conducirlos á un terreno desigual y montañoso, en donde no podían hacer uso de la caballería. El ejército de la república, que las irregularidades del terreno habían ocultado á la vista, apareció de golpe formado en batalla sobre aquellas fuertes posiciones. Al mismo tiempo que era numeroso y vocinglero, se mostraba deseoso de disputar el paso á los españoles (2). Las maniobras de Cortés lo atraieron á la llanura, en la que despues de una hora de combate, los tlascaltecas se retiraron del campo de batalla en muy buen orden, llevándose consigo sus muertos y heridos que eran muchos; pero demostraron á Cortés que si hubieran estado mejor armados y disciplinados, habrían detenido su avance en los primeros dias de su marcha, y su suerte hubiera entonces concluido en la llanura de Teoatzinco (sitio de agua divina), dejando únicamente el renombre de aventurero desgraciado. No perdió mas que á un hombre; y tuvo quince heridos, si se ha de dar crédito á sus boletines. En seguida los dos ejércitos presenciaron un combate singular entre un oficial de Tlascalala y un noble de Zempoala: este último derribó á su adversario, le cortó la cabeza y la llevó en triunfo á las filas españolas, entre los fanfarrones gritos de las aclamaciones. Esto sirvió de ramillete á tan reñida como sangrienta jornada.

En esta guerra, como en todas las de Cortés contra los indios, son demasiado fastidiosos los detalles; pues falta el interés en donde la suerte no es igual á causa de la distancia que média entre hombres desnudos y otros cubiertos de hierros; entre lanzas y espadas de madera endurecida al fuego, resbalando contra los escudos y pinchando apenas el corcelete pintado de los españoles, y espadas y lanzas de acero que atraviesan de parte á parte; entre piedras arrojadas

(1) Clavigero pone en duda esta relacion de los totonecas, contraria á las costumbres ordinarias de la república, á su buena fé y á su respeto al sagrado carácter de embajadores.

(2) Cortés asciende este ejército á cien mil hombres; Bernal Diaz á cuarenta mil, y otros historiadores á treinta mil. Es evidente que en estos números hay mas ó menos exageracion.

con una honda, y la metralla vomitada por el cañon; entre flechas ligeras y batallas de mosquete; en fin, entre una tropa sin orden, y un batallon que maniobra con escuela, sin perder la menor de sus ventajas. Si el valor aislado hubiera podido decidir la victoria, los tlascaltecas la hubieran conseguido, porque eran bravos y perseverantes. Cortés lo juzgaba así; pues al concluir cada una de sus acciones de guerra (y dió catorce á estos republicanos), les proponía inmediatamente una honrosa paz, y á pesar de sus altaneras contestaciones, les mandaba nuevos ofrecimientos, palabras afectuosas, que no llevaban el sello del vencimiento, pero que deben atribuirse al frío cálculo del hombre político. Creyendo Cortés que por medio de la devastacion se harían mas tratables, incendió algunos de sus lugares, destruyó varios templos, saqueó una de sus principales ciudades, hizo numerosos prisioneros, y los despidió portadores de palabras pacíficas; pero en vez de humillarse los tlascaltecas en vista de su poca fortuna, contestaron: *Que si los españoles querían tratar de paz, se encaminasen á la capital de la república, donde serían víctimas consagradas á sus dioses, y sus carnes les servirían para saciar su apetito.* Para probar Jicotencatl á sus enemigos que no quería vencerles por el hambre, les envió una gran cantidad de aves y maíz, encargándoles que comiesen bien, pues creeria faltar al respeto de sus dioses ofreciéndoles víctimas hambrientas, y temia que los españoles habiendo enflaquecido demasiado, no fuesen ya buenos para comerse. A tales enemigos les era aun necesaria una leccion severa, que les fué dada en 5 de Septiembre de 1519.

En este dia tomaron las armas y se reunieron todos los individuos de la república que podían llevarlas. Dejemos, empero, hablar á Bernal Diaz en su estilo militar, y referirnos esta memorable jornada; pues en ella tomó parte, allí se hallaba, se distinguió y no sabe mentir. „La bárbara respuesta de los tlascaltecas á nuestras „últimas proposiciones, dice este antiguo guerrero, sonó muy mal „á nuestros oídos. Sin manifestar Cortés la impresion que le habian causado, redobló sus buenos modos con los enviados; pues les „preguntó con destreza, y supo de ellos quién era Jicotencatl, cuál „su poder y la fuerza de su ejército, y que teníamos al frente cincuenta mil hombres divididos en cinco cuerpos; que el estandarte „del general en gefe era una ave blanca, grande, con las alas des„plegadas y semejante á un avestruz; y que cada uno de los cinco „cuerpos del ejército, se distinguía por una enseña particular llevada por los caciques, á la manera de la nobleza de Castilla. Al escuchar estas cosas reflexionamos que eramos seres mortales, y temiendo la muerte muchos de nosotros, nos preparamos á la batalla confesándonos con nuestros curas, ocupacion que les duró toda la noche.

„El 5 de Septiembre se puso en pié toda nuestra gente sin excep-

„tuar los heridos. Los ballesteros y mosqueteros recibieron órden  
„para tirar alternativamente sin descanso. Se aleccionó á la tropa  
„que hiriese con la punta de la espada, de manera que atravesasen  
„los cuerpos de parte á parte. A la caballería se previno guardar  
„su fila y cargar á medio escape, dirigiendo las lanzas á los ojos de  
„los enemigos, y corriendo entre las masas sin detenerse. Desple-  
„góse nuestra gran bandera, cuyos colores ondearon en el aire, con-  
„fiando su custodia á cuatro hombres escogidos, y nuestro corto  
„destacamento se puso en marcha. No habíamos todavía andado  
„un cuarto de legua, cuando vimos al ejército enemigo cubriendo  
„la llanura. Cada cuerpo se distinguía perfectamente, y todos avan-  
„zaban al son atronador de sus instrumentos de guerra.

„Mucho se ha escrito sobre esta batalla de tan larga duracion, y  
„tanto tiempo disputada, en que cuatrocientos hombres se vieron  
„circunvalados de golpe por una multitud de enemigos, que se es-  
„tendian en todas direcciones á mas de dos leguas de distancia.  
„La mayor parte de la gente que componía nuestro escaso batallon,  
„se hallaban enfermos y heridos en tan críticas circunstancias.  
„Teníamos delante de nuestros ojos feroces adversarios, que esta-  
„ban determinados á estinguirnos en el mismo sitio, ó á sacrificar-  
„nos á sus dioses. Muy pronto una andanada de flechas, dardos y  
„piedras cubrió la tierra. Algunas armaduras quedaron taladradas  
„alcanzando á algunos hombres sin defensa. Seguidamente los  
„tlascaltecas avanzaron atacando con sus lanzas y sus espadas,  
„hasta llegar cuerpo á cuerpo con nuestros soldados, animándose  
„á dar golpes que acompañaban con descompasada gritaría. A es-  
„te ataque y á tales ahullidos salvages, contestaron nuestros caño-  
„nes y mosquetes. Terrible era el fuego y espantosa la mortandad.  
„Nuestra infantería hizo tambien prodigios; pues consiguió desem-  
„barazarse de aquellas masas á estocadas, romperlas y penetrar en  
„seguida por los claros. La caballería cargó con tal vigor, que des-  
„pues de Dios, á ella debimos la victoria. Durante un momento  
„ví nuestro batallon disperso, y era tal el peso de enemigos que lo  
„abrumaba, que todos los esfuerzos de Cortés no podian conseguir  
„reunirlo. Nuestras buenas espadas hicieron este milagro, y los  
„desaciertos del enemigo nos salvaron. El espesor de sus líneas fa-  
„vorecia nuestros tiros de cañon. Apañados como estaban los tlas-  
„caltecas, no les era posible moverse, extenderse ni desplegarse sin  
„confusion, y en virtud de esta mala disposicion, algunos de sus  
„cuerpos se vieron obligados á ser espectadores del combate. Por  
„otra parte las desavenencias en sus filas, fueron á nuestro corto  
„ejército de mucha utilidad. El hijo de un señor chichimeca que  
„mandaba los vasallos de su padre, habia sido insultado por Jico-  
„tencatl con motivo de su conducta en los combates precedentes.  
„Picado el chimeca de semejante afrenta, le habia desafiado á sin-  
„gular combate, y no admitido el duelo por el tlascalteca, se retiró

„del campo de batalla con toda su gente, llevándose asimismo la  
„tropa de otro cacique. Esta defeccion no acobardó al enemigo en  
„disposicion de contenerlo, antes bien volvió á la carga, repetidas  
„veces. Por último las lecciones que le daban nuestras armas, y  
„mas que todo la proteccion y misericordia de Dios, nos salvaron  
„de este inminente peligro. Viendo los tlascaltecas muertos en el  
„campo sus principales gefes, y espantados por el horroroso número  
„de su pérdida, se retiraron llenos de vergüenza y confusion. Nues-  
„tra caballería rendida de cansancio, no los persiguió sino á cortas  
„distancias. Dueños del campo de batalla, de donde el enemigo  
„habia retirado sus muertos y heridos con tal prontitud que no vi-  
„mos ninguno, retrocedimos á nuestro campamento, despues de una  
„lucha encarnizada de cuatro horas, sin perder mas que un hombre,  
„pero con setenta hombres y todos los caballos heridos. Cantamos  
„un *Te Deum* en accion de gracias por tan señalada victoria, y en-  
„terramos á nuestro compatriota en un parage oculto, especie de  
„caverna, para que el enemigo no pudiese descubrir su tumba y pro-  
„fanarle.”

No era menos triste la posicion de los vencedores que la de los  
vencidos. Despues de tan enormes fatigas, no podian disfrutar de  
un momento de reposo; pues era preciso estar muy vigilantes al  
frente de un enemigo tan emprendedor. Carecian de viveres sin  
poder siquiera adquirir una cebolla y sal. Nada tenian para curar  
sus heridos, sino un poco de grasa humana, mientras los aires he-  
lados y penetrantes de la Sierra-Nevada, hacian mas penoso su mi-  
sero y angustiado existir.

Si del campo español pasamos al tlascalteca; si entramos en sus  
poblaciones, solo veremos reinar el desaliento y el espanto. Al  
principio habian tratado de fabuloso quanto les referian de los espa-  
ñoles; pero la esperiencia los habia desengañado. Sus armas eran  
impotentes para los cuerpos de hierro de estos extrangeros: no habian  
podido hacer siquiera un prisionero, y ya los miraban como unos se-  
res sobrenaturales, de los cuales solamente los dioses podian triunfar.  
Habiéndose dirigido á los sacerdotes para que averiguasen de las  
deidades este arcano, solo escucharon de sus lábios la siguiente  
respuesta: “Vuestros terribles enemigos son hijos del sol. Han na-  
cido en el oriente de los rayos del padre, y mas ardorosos allí que  
lo son sobre vuestras cabezas en la estacion del verano. Durante el  
día, bajo la influencia de ese calor que les dió la animacion, son in-  
vincibles; pero por la noche, que su padre los abandona en la tierra,  
quedan sin fuerzas, y tan lánguidos como las flores en los jardi-  
nes ardientes; entonces son simples hombres como los demás, y  
mortales como ellos.

Una respuesta tan conforme con las ideas fabulosas y cosmogó-  
nicas de los indios, no podia menos de ser acogida por los tlascal-  
tecas como infalible. Al instante se prepararon á un ataque noc-

turno, á pesar de que era contrario á sus usos ordinarios; pues se oponia á cualesquier sorpresa ó emboscada, como acto indigno de hombres valerosos. El astuto Jicotencatl, no acostumbrado á este género de guerra, queriendo tener noticias exactas de las disposiciones del campo español, se propuso emplear uno de sus ardidés militares, el cual no podia producir buen efecto sino cerca de un general indio. Destinó cincuenta hombres con regalos de su parte, para que en su nombre fuesen á ofrecerlos á Cortés, usando palabras de paz. Estos espías desempeñaron muy mal su papel; pues muchos de ellos fueron reconocidos por los totonecas, y Cortés no se alucinó ni un solo momento en presencia de esta torpe estrategema. Los mandó prender y los amenazó de muerte; pero el miedo los hizo veraces, y lo confesaron todo. El gefe español les mandó cortar las manos y los envió mutilados, anunciando de su parte al general que podia venir de día ó de noche, y encontraría gente dispuesta á recibirle. „Y hecho esto, dice Cortés, hice fortalecer mi „real, á lo mejor que pude, y poner la gente en las estancias, „que me pareció que convenia; y así estuve sobre aviso, hasta que „se puso el sol. Y ya que anochece, comenzó á bajar la gente de „los contrarios por dos valles, y ellos pensaban que venian secretos, „para nos cercar, y ponerse mas cerca de nosotros, para ejecutar su „próposito; y como yo estaba tan avisado, vílos, y me pareció que „dejarlos llegar al real, que seria mucho daño, porque de noche, „como no viesen lo que de mi parte se les hiciese, llegarían mas „sin temor; y tambien porque los españoles no los viendo, al- „gunos tendrian alguna flaqueza en el pelear, y temí que me pu- „sieran fuego. Lo cual si acaeciera, fuera tanto daño, que ninguno „de nosotros escapara; y determiné de salirles al encuentro con „toda la gente de caballo para los esperar, ó desbaratar, en manera „que ellos no llegasen. Y así fué, que como nos sintieron que iba- „mos con los caballos á dar sobre ellos, sin ningun detener, ni grita, „se metieron por los maizales, de que toda la tierra estaba casi llena, „y aliviaron algunos de los mantenimientos, que traían para estar „sobre nosotros, si de aquella vez del todo nos pudiesen arrancar; „y así se fueron por aquella noche, y quedamos seguros.” El espanto de los tlascaltecas llegó á su colmo. El silencio de la noche, turbado únicamente por el sonido de los cascabeles que los caballos españoles llevaban en el cuello; la vista de los cincuenta espiones mutilados y ensangrentados, habian esparcido tanto terror en el espíritu de los soldados de Jicotencatl, que se dispersaron en todas direcciones, y él mismo huyó precipitadamente á Tlascala, en donde al instante se convocó el gran consejo de la república para deliberar el partido que debia tomarse con el vencedor. Al siguiente dia envió Cortés una nueva embajada á la capital de la república, haciendo las mismas ofertas de amistad que anteriormente; pero les previno que si aun se atrevian á rehusarla con obstinacion, man-

daria arrasar su ciudad hasta los cimientos, sin dejar piedra sobre piedra, alejando de su corazon todo sentimiento de piedad hácia ellos.

Mientras en Tlascala se agita la cuestion de paz, y Maxixcatzin renne á su política los espíritus espantados con los reveses de los últimos dias, entremos en el campo de Cortés y le verémos ocupado en dar audiencia á los embajadores de Moctezuma, que le habian traído de regalo tres mil onzas de oro, en granos del mismo metal, vestidos de algodón y varias manufacturas de plumas. Tembloroso el monarca azteca á la noticia de las victorias conseguidas sobre los de Tlascala, sospechaba una alianza entre éstos y los españoles. Temia igualmente que el hermano del rey de Tezcoco, su sobrino, á la cabeza de un fuerte partido de descontentos, los llamase en auxilio de su causa. No miraba sin horror la influencia que ejercian en el espíritu de los príncipes vasallos, de los cuales ya algunos, á ejemplo de los totonecas, acababan recientemente de declararse independientes. Se le presentaba Cortés como el genio maléfico de su imperio, y alejarlo á toda costa era el único objeto de sus desvelos. Persuadido aun del influjo de su nombre, quiso ensayarlo de nuevo sobre el general español, y encargó esta difícil mision á seis caciques, los principales señores de su corte, con una comitiva de doscientos esclavos. Los presentes que iban á ofrecerle, segun hemos visto, eran superiores en magnificencia á todos los anteriores, y á cuantos hubiese hecho un soberano de México. Llevaban orden de prometerlos mejores todavia, si Cortés consentia en no penetrar en las tierras del imperio. Insistieron en las dificultades del camino, en la esterilidad del pais, manifestando que los españoles no podrian encontrar víveres suficientes para subsistir. „Estos embajadores (escribia Cortés á Carlos V) quedaron comi- „go durante un periodo de la guerra de Tlascala, y vieron de lo que „los españoles eran capaces; fueron testigos de sus ventajas, y de „la sumision de los tlascaltecas.” Estos temiendo á su vez las intrigas de los enviados mexicanos, se dieron prisa á concluir la paz; ni un solo voto hubo entre los senadores en favor de la guerra. El valiente Jicotencatl, general en gefe de los de su pais, recibió la orden de ir en persona á llevar al vencedor los homenajes de la república. „Si vosotros, dijo á los españoles, sois divinidades de naturaleza cruel y salvaje, os ofrecemos cinco esclavos, para que bebais su sangre y comais su carne; si sois divinidades buenas y benignas, aceptad estos perfumes y estas plumas; y si sois hombres, aquí teneis viandas, pan y frutas para alimentaros.” Tlascala se reconoció vasalla de la corona de Castilla, y se comprometió á socorrer á Cortés en todas sus expediciones. Esta paz era muy oportuna para los españoles; pues agoviados de fatigas, contando un gran número de heridos, y faltos de todo, ya entraba entre ellos el espíritu de murmuracion, y hasta amenazaban volverse á Veracruz.

En seguida vinieron mensajeros de Tlascala á instar á Cortés á